



EL BERGANTIN VOLADOR.



Aunque destruida nuestra marina de guerra por el gran desastre de Trafalgar, no había perdido el recuerdo de las tradiciones gloriosas que le había transmitido el siglo precedente; siempre que pudo combatió con desesperación para vengar una derrota, que no se debió por cierto á falta de valor, sino á causas imposibles de prever, y tal vez al excesivo arrojo de los nuestros, y á la injustificable cobardía de los extraños. Pocos días despues de haber sido deshecha la escuadra combinada, cuando el almirante Nelson moria en Gibraltar de sus heridas, y el almirante Villeneuve se suicidaba en Francia para evitar el sonrojo de presentarse á Napoleon, hacia rumbo á Cádiz desde la Habana el bergantin *Volador*, armado en corso y mercancia, y cuando casi tocaba tierra, rechazó heroicamente un ataque inesperado, en el cual todo se conjuró para hacerle sucumbir.

Desde la punta de Santa Maria, una de las Islas Terceras, dió caza al *Volador* una fragata inglesa muy velera, y habiéndole tomado el varlovento se interpuso entre la costa española y el corsario. Este, que había observado las sospechosas maniobras del buque enemigo, quiso al menos saber con certeza la suerte que el cielo le deparaba, y forzó de vela para reconocerlo: no tardó en ver que era una fragata de cincuenta y cuatro, y resuelto á aceptar el desventajoso combate, que era ya por otra parte inevitable; pero queriendo al mismo tiempo resistir la terrible acometida del contrario con alguna probabilidad de buen éxito, arrió todas las mayores, trinquetes y sobres, desplegó alas y rastreras, y ladeando el rumbo para cortar la línea que seguía la fragata, puso la proa á un ancon de la costa que se divisaba á sota-vento. Peligrosa era esta maniobra, porque el bergantin corría el riesgo de estrellarse contra los peñascos; pero dos horas despues de haber emprendido el nuevo rumbo, vió cumplido su deseo anclando en el ancon y preparándose para el combate.

Este no se hizo esperar. Burlada la fragata, que había contado con la rendición del corsario antes que se disparase un tiro, é imposibilitada de fondear en el ancon por su mucho calado, se mantuvo bloqueán-

dolo hasta la noche, y cuando esta cerró del todo, oscura y tempestuosa, trató de conseguir por sorpresa lo que le había negado á su superioridad y ligereza. Armáronse al efecto la lancha y los botes; los encargados de tripularlos envolvieron con lona las palas de los remos, y cuatro embarcaciones montadas por cuarenta hombres cada una singlaron pérdida y silenciosamente hácia el corsario español. Pero no bien se pusieron á distancia de medio cable de este, cuando el serviola de proa dió la voz de alerta, y toda la tripulación corrió á sus puestos. Dos botes de la fragata atracaron al costado del bergantin; pero en hora menguada lo hicieron, porque una carronada del último las echó á pique, ahogándose todos los que iban á su bordo. En medio de la confusion espantosa que produjo esta escena, la lancha inglesa logró tambien atracarse al corsario y muchos marinos saltaron sobre cubierta; pero las tinas de combate se habían sacado con tiempo para oponerse al abordaje, de modo que la popa y la proa del *Volador* fueron teatro de una terrible y sangrienta lucha. Decidióse esta por último á favor del corsario; su tripulación rechazó á los acometedores, hizo en ellos horrible destrozo, y obligó á las dos únicas embarcaciones que les quedaban á tomar el largo. Un contramaestre inglés, que no quiso retirarse y se defendió bizarramente junto al palo trinquete, fué acribillado, pero cuando cayó, todos respetaron su valor; el capitan del *Volador* le dió cuartel y andando el tiempo volvió libre á su patria.

La fragata entre tanto se veia comprometida sobre la costa en una noche de tormenta; aguantóse sin embargo hasta que pudo recoger la lancha y uno de los botes, y temiendo estrellarse contra las rocas, impelido por la fuerte marejada, viró por redondo y se hizo á la vuelta de afuera, esperando vengarse al siguiente dia del vergonzoso ultraje que había recibido.

Al dia siguiente no fondeaba ya el *Volador* en el ancon: había aprovechado una de las bordadas de la fragata para abandonar su puesto provisional y meterse en Cádiz.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS
DE BARCELONA.

«Con el estudio de los monumentos antiguos, se aproximan las distancias de las edades, y sin avanzar en el término de la vida, se envejece en muchos millones de años.»

(El autor de la descripción del gran museo de Florencia.)

ARTÍCULO PRIMERO.

Cuando absortos de placer y de entusiasmo contemplamos las vetustas y respetables paredes de aquella iglesia, que hoy sirve de parroquia, y el antiquísimo, famoso y justamente célebre claustro del antiguo monasterio, se agolpan en nuestra imaginación una serie de recuerdos á cual mas importantes. ¡Mil años de existencia!... ¡Tal nos revelan aproximadamente la arquitectura, la forma y el conjunto del sólido edificio, que por fortuna han respetado el decurso de tantos siglos, los vaivenes y vicisitudes de los tiempos, las guerras civiles é intestinas, los cambios y revueltas de las épocas, y en una palabra, hasta los mismos elementos y los hombres! Si tienes, oh lec-

tor, un corazón de artista; si la filosofía y la historia han creado en tí pensamientos elevados, fácilmente comprenderás nuestra admiración al saludar el edificio mas añejo y bello que tenemos en nuestra ciudad condal, y participarás con nosotros del júbilo que sentimos al trazar este artículo, dirigido á recordar el interés que debemos formar para su conservación, persuadiéndonos sabrás agradecerlos las memorias históricas que vamos á transcribirte.

El antiquísimo monasterio de San Pablo del Campo, llamado así por haberse fundado estramuros de Barcelona, refiere la tradición, y es opinión muy acreditada, existir ya desde el tiempo de su fundador San Paulino, obispo de Nola, contemporáneo y discípulo de San Agustín, y dedicado por él mismo al apóstol San Pablo. Los discípulos de Paulino levantaron aquel sagrado eremitorio ó monasterio, el cual corrió en el transcurso del tiempo diferentes vicisitudes, especialmente en la época del dominio de los romanos y de los godos, quedando enteramente destruido en una de las varias escursiones de los moros á esta ciudad.

Gozó este insigne monasterio de muchísimas distinciones y singulares privilegios, por haber sido reedificado en el año 911 por el serenísimo conde de Barcelona Wifredo el Velloso, en cuya iglesia se dejó enterrado en 984, segun se desprende de la lápida sepulcral que todavía se conserva. Desde la época de su renovación perteneció á los monges claustrales benedictinos tarraconenses, cuyo prelado tenia ya en aquellos tiempos la dignidad de Abad. Este monasterio perteneció



(Claustro del Monasterio de S. Pablo del Campo en Barcelona.)

en su primitiva fundación á los ermitaños del P. San Agustín. Hay autores que afirman estuvo unido al monasterio de Monserrate. Mas lo cierto es, que por razón de la insalubridad del terreno, vino el monasterio á despoblarse, quedando yermo, y cayéndose las paredes en términos de cesar enteramente la devoción, hasta que le tomó bajo su patronato el esclarecido caballero Gilberto Guitardo, que se cree ué vizconde de Barcelona, y su virtuosa esposa Rodlandis, en el año 1117, poniéndole bajo la protección de la silla apostólica, perteneciendo á la provincia tarraconense, y componiéndose de distintas abadías exentas, por mandato del papa Benedicto XII.

En el capítulo general que se celebró en este monasterio en 1661, se deliberó que se edificase un noviciado para la enseñanza de la noble juventud profesa de la sagrada congregación, en cuyo ilustrado colegio se enseñó hasta el año de 1833 filosofía y teología á cuantos otros cursantes seculares acudían á beber en tan saludables fuentes. El colegio de San Pablo del Campo dió opimos y sazonados frutos durante todo el tiempo de su permanencia. Comunicó la congregación la resolución del capítulo general á S. M., la cual se sirvió aprobar en 18 de diciembre del mismo año. La nueva fábrica del noviciado estuvo prontamente concluida, viviendo cómodamente los monges es-

tudiantes en el mismo local que mira á Monjuí, y sirve hoy día de cuartel. El colegio-noviado era gobernado esclusivamente por el prior del mismo, con entera independencia del abad.

Como la fundación del monasterio data de época tan remota, han sido varios los pareceres acerca del nombre y objeto de su creación. Opinan algunos, que siendo el emperador Carlo-Magno y su heredero Ludovico Pio, tan devotos de los apóstoles y príncipes de la iglesia San Pedro y San Pablo, que despues de haber fundado el mismo príncipe Ludovico en un extremo de la ciudad el monasterio de San Pedro, quiso fundar en el opuesto el de San Pablo, á imitación de las santas iglesias de Roma, destinado el uno para varones monges y el otro para religiosas de la misma órden del P. San Benito. Fúndase este pensamiento en alguna semejanza que creen notar entre ambos templos, los dos en forma de cruz latina, levantándose en medio del crucero el cimborio del antiguo campanario, y siendo casi igual el órden y talla arquitectónica de cada respectiva fábrica. Nosotros sin adherirnos á ninguno de los historiadores que esto mencionan, tenemos por mas probable lo que hemos antes manifestado y creemos exacto, haber sido San Paulino el autor principal de esta obra. Que fué por razon de la completa ruina, reedificado despues por Wifredo el Velloso, y últimamente restaurado en la forma que hoy se vé el venerable templo, por los vizcondes Gilbérto y su consorte Rodlandis.

Obsérvese todavia en la antigua iglesia, que en ciertos puntos se manifiesta haber tenido torres y almenas, mostrándose tambien en ellas algunas troneras y agujeros. En el cimborio estaba remotamente la torre del homenaje, á la cual se subia por una angosta escalera metida entre dos paredes, que ningun hombre podia pasar por ella sino andando de lado: prueba de que está construida á manera de fuerte ó punto de resistencia para los enemigos, siendo una iglesia rural aislada. Es este monumento una de las mas ricas joyas que poseemos, no por la delicadeza de las labores, suntuosidad en el todo, y grandeza en el recinto, sino porque es un tipo de la arquitectura bizantina de la segunda época, un santuario de los que nos quedan ya pocos vestigios. Separemos por un instante las obras modernas que encubren

parte de la antigua; derribemos mentalmente aquella monstruosa pared que nos priva de la mitad de la fachada; despojemos á la iglesia de Wifredo de las escrescencias y pesadez que han amontonado allí la ignorancia de los hombres y el curso de los siglos; pongámosla en medio de un campo, tal como se erigió, y gozaremos así de la agradable vista de un templo de aquella época.

Al contemplar de lejos el edificio, dispierta en nosotros la idea de la guerra, pareciéndonos una fortaleza sajona, y las troneras cubiertas que sobresalen encima la portada, aumentan la ilusion, ofreciendo la elocuente imagen de aquellos aciagos tiempos en que hasta el santuario tenia que guarecerse, y fundar su apoyo en la fuerza. Mas al acercarnos encontramos el templo bizantino, bajo, sombrío y severo. La especie de cuadrado que resulta de su frontis, formando la portada, nos traslada enteramente á los principios de la baja edad. Dos columnas informes, delgadas, de la altura de un hombre, vénese á uno y otro lado de la puerta, y sus capiteles de mármol, medio árabes, medio romanos, groseramente trabajados, tal vez se recogieron de entre los escombros que en sus invasiones hacinó la cimitarra de los hijos de Mahoma, y se destinaron á sostener aquel pesado y robustísimo arco. Entrase en el templo por una mala puerta gótica, en que no vemos marcada ninguna época bárbara y tosca, la hallarian quizás los hombres de la edad media, sin recordar que tras quinientos años de rudeza y abatimiento, era aquella fachada uno de los primeros destellos del goticismo, que tanto los halagaba en la variedad de los detalles. Corre diversidad de molduras el primer arco, en cuyo arranque se ven dos desparejados figurones, que contrastan en gran manera con las dos mezquinas figuras que cargan sobre el mismo, á igual distancia de su centro. Cae perpendicular á este un buen medallón, en cuya mitad figura una mano misteriosa. Al contemplar aquella puerta tan baja y estrecha, naturalmente se ofrece cuanto debiera contrastar con ella la imponente raza de los godos.

JAIMÉ FUSTAGNERA Y FUSTER.



EL ABAD Y EL DIABLO.

¿En qué país no existen torreones y puentes contruidos por el Diablo? ¿Quién puede igualar á este sábio arquitecto en la solidez y en el número de sus obras? Dicese que al fin de cuenta, el Diablo siempre hace de las suyas, que nunca se mueve sin fin determinado, y que este fin siempre es siniestro; pero tambien debemos convenir, ateniéndonos á antiguas leyendas y á generales tradiciones, en que tiene un carácter muy amable y servicial, buen genio, y sobre todo muchísima paciencia. Si se necesitase demostrar hasta dónde llega en él esta preciosa cualidad, no tendríamos mas que apelar á cualquiera de los idiomas conocidos, y en sus frases familiares encontraríamos fácilmente la comprobacion apetecida.

—Que se vaya al Diablo, decimos nosotros cuando nos anuncian la visita de un acreedor.

—El Diablo es ese hombre, cuando alguno consigue lo que nos parece poco menos que imposible.

—Estoy dado á los Demonios, á Satanás ó al Diablo, cuando nos pone de mal talante el éxito fatal de nuestros proyectos.

—Al Diablo con todo, cuando cansados de luchar contra una difi-

cultad ó de dar coces contra el aguijon, abandonamos con desesperacion un proyecto agradable.

—Mire V. qué Diablo, cuando.... pero ¿á qué cansarnos? El Diablo es siempre nuestro esclavo, nuestro comodín, nuestra persona paciente; y como precisamente necesitamos á todas horas quien sufra nuestras impertinencias, quien pague las consecuencias de nuestras culpas, quien arrime el hombro para llevar la carga de nuestros vicios, resulta que no podemos pasarnos un instante sin nuestro enemigo natural, lo cual prueba que es el ente mas cachazudo, bonachon y Juan Lanas de todos los creados. Y como tambien el hombre abusa de la paciencia del Diablo, sin que éste se dé por ofendido, los moralistas que conocen su astucia y malignidad aseguran que en la tal paciencia del Diablo no todo es virtud, y por último, que *al freir será el reír*. Poco mas ó menos pueden llevar este refran por epigrafe todos los cuentos en que Satanás representa principal papel.

Entre los innumerables que forman la coleccion de las cocinas de aldea durante las veladas del invierno, recordamos uno cuyos pormenores han corrido siempre muy acreditados entre los sencillos habi-

tantes de los lugarejos inmediatos al cabo Prior, llegando hasta tal punto la credulidad de aquellos pobres campesinos, que se incomodan muy formalmente con cualquiera que no crea como artículo de fé que el Diablo construyó la iglesia de Nuestra Señora del Coro, la mas antigua y sólida de toda la comarca.

Hé aquí cómo refieren la construcción de esta obra de arquitectura, que segun la tradicion, debemos los cristianos al principe de las tinieblas:

«Había en otro tiempo un abad, gran siervo de Dios, cuyas virtudes inquietaban mucho al Diablo, (se asegura que este tuvo tentaciones de ahorcarse, cuando aquel murió en olor de santidad) al paso que servian de ejemplo á todos cuantos se le acercaban. Perseguió sin cesar el enemigo malo, presentándole en sueños el halagüeño cuadro de los placeres mundanos, las delicias de una vida disipada y los goces que produce al alma la satisfacción de los vicios. El santo varon por su parte rechazaba con valor cristiano todas aquellas tentaciones; mas viendo que el contrario redoblaba sus esfuerzos, creyó que lo mas conveniente era edificar una iglesia (por no haberla en el pueblo, era este del dominio de Satanás), á fin de que quedase para lo sucesivo santificada una tierra, que de padres á hijos habia sido hasta entonces un barrio no muy distante del infierno.

»Y aquí comenzaron las dificultades para el pobre abad. ¿Quién habia de acarrear la piedra? ¿Quién dirigiria la obra? ¿Cómo fundir las campanas? Los mozos del pais no servian para estas faenas, porque todos eran mancos, ó cojos, ó jorobados. El abad pedia al cielo que se iluminase en su proyecto, cuando se le presentó el diablo á hacerle proposiciones.

—¿Ves esta iglesia? le dijo enseñándole una que habia dibujado con sangre en un pergamino. Pues bien; me comprometo á levantarla de piedra sillería en el término de tres dias con sus noches, si aceptas mis condiciones.

—¿Cuáles son? le contestó el abad sorprendido.

—No has de hacer la señal de la cruz durante tres dias y tres noches, pues de lo contrario tendré que abandonar la obra.

—Acepto, dijo el abad, que queria tener iglesia á todo trance.

—Item mas, repuso el diablo, has de permanecer tres dias y tres noches de rodillas haciendo oracion y sin cerrar los ojos: si faltas á esta condicion esencial, me pertenecerá tu alma.

—Acepto, repitió el abad, confiando para no dormirse en la misericordia divina.

El diablo desapareció, volviendo de allí á poco con un arquitecto de su confianza, y dió principio á la obra. Esperaba que el cansancio y el sueño abatirían las fuerzas del virtuoso abad, y siempre que arribaba una piedra al naciente edificio, le miraba á hurtadillas, para ver si se dormia; pero el celoso siervo de Dios se mantuvo firme con ayuda del cielo durante el plazo convenido; el Diablo, á fuer de honrado, cumplió su palabra, aunque dándose á mil Demonios, y de este modo le obligó el abad á que edificase la iglesia que apetecia y á que despechado y corrido huyese de la comarca para siempre.

Este es el origen tradicional del Templo de Nuestra Señora del Coro.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO IX.

La Hija.

Escusado seria decir que Luis durmió mal: ¿que amante, suspenso entre temores y esperanzas, ha dormido bien desde Elena y Paris, primeros amantes que se me ocurren, hasta los Amantes de Teruel, últimos amantes que recuerdo? Escusado seria decir que Francisco durmió muy bien: ¿qué criado ha dormido mal desde los pastores de Abraham hasta el último galleguillo de casa de huéspedes que por dormir bien, deja en la calle á la mitad de los pupilos? ¡Magnífica cosa es ser criado! En dos posiciones de la vida puede el hombre ser inmensamente feliz; en todas las demas desgraciado: estas dos posiciones son hijo de familia y criado. El hijo de familia tiene casa, cama, mesa, vestido, y algun dinerillo que recibe periódicamente del padre, y sin periodo de la mamá: el criado tiene mesa, cama, casa, ropa vieja, salario, propinas y aguinaldos: no es tan hoigazan algunas veces como el hijo de familia; pero en cambio tiene mas recursos: el que no es ni puede ser hijo de familia debe entrar á servir, si quiere aproximarse á la suprema felicidad.

Decia que Luis durmió muy mal y Francisco muy bien; por lo tanto no fué el criado el que despertó al amo, sino este quien anunció á aquel la venida del nuevo día, como el gallo á los labradores, y los pájaros al pastor. Luis, que habia sacudido su pereza antes de salir de la corte, dió una prueba mas de diligencia; y aunque procuró que su

tocado fuera de lo mas elegante posible, á las cinco en punto se hallaba adecuadamente vestido, y á las cinco y cuarto se paseaba con suma impaciencia, porque en su concepto don Blas debia haberlo llamado una hora antes. ¡*Quantus mutatus ab illo!* hubiera exclamado Francisco si hubiera sabido latin; pero como solo sabia castellano, se contentó con esclamár:

—¡Cuánto ha cambiado V., señorito, desde que salimos de Madrid!

—¿No te parece que es muy tarde, y que ya debian haberme llamado? preguntó Meneses.

—Lo que me parece, señor, es que se ha levantado V. muy temprano.

—¡Cómo temprano! y eran las cuatro y diez minutos.

—¡Cuánto ha cambiado V., señor! Antes le parecia á V. temprano que lo despertara á las once.

—Dime, Francisco: ¿no te parece muy posible que se hayan marchado Magdalena y sus padres?

—Señor, como no soy de Bujalance, todo me parece posible.

—Bien sabes que no vimos á la señorita Magdalena en el teatro.

—Y tambien sé que por verla empecé á reñir con un caballero francés.

—Don Blas me ofreció que me llamaria muy temprano, y ya ves lo mucho que tarda.

—En cuanto á eso de tardar mucho, no estamos de un todo conformes.

—Francisco, casi apostaria que se han marchado de Bayona.

—Todo puede ser. Pero entonces no hubiera invitado á V. D. Blas á esa gira.

—Quizás haya sospechado que amo á Magdalena, y se propuso con esa falsa invitacion adormecer mi vigilancia, para que no pueda perseguirlos.

—Eso no me parece posible. Lo que quieren los padres es casar á sus hijas, y V. es un partido no despreciable: veinte y ocho años, buena apariencia, talento, posición social...

—Calla, Francisco, y no formes mi filiacion.

—Pero si es la verdad: es un yerno muy arreglado.

—¿Y si don Blas ha dispuesto ya de la mano de Magdalena?

—Eso seria una fortuna, y por lo mismo no la espero.

—¿Cómo una fortuna, bellaco?

—Perdóneme V., señorito: pero como estoy acostumbrado á verle soltero, á servirle casi de muger, no extraño que no mire bien el matrimonio. Y luego como esta señorita nos hace andar de Ceca en Meca, como ganado trashumante: la verdad, la tengo cierto antojo y cierto...

Francisco hubiera podido continuar durante mucho tiempo, porque Luis estaba tan absorto que no oía; pero vino á cortar su relato la presencia de un mozo de la fonda.

—Señor don Luis, dijo el recién llegado, el señor don Blas lo está esperando.

Esta invitacion disipó los temores de Luis, y sin despedirse de Francisco se dirigió al número 10. Don Blas y Doña Micaela estaban dispuestos; Meneses les dirigió el saludo mas amable que habia dirigido en su vida, y juntos dejaron el aposento para dirigirse á la gira. Esta evolucion estratégica, sin esperar á Magdalena, sorprendió á Luis; y fué tan grande la sorpresa, que no pudo reprimir un gesto. Doña Micaela, maliciosa como muger y precavida como madre, sorprendió el gesto de Meneses, lo interpretó exactísimamente, y queriendo terminar la angustia de su futuro yerno, le dijo, despues de sonreirse con cierta malicia:

—Estrañará V. que nuestra hija no nos acompañe.

—¿Está indispueta, por desgracia? preguntó Luis con ansiedad.

—No señor; pero Sofia se ha empeñado en llevársela en su carruaje, y marcharon hace un momento.

—Hay amigas muy egoistas; repuso Luis, queriendo sonreirse y renegando de Sofia.

—Todas las pasiones lo son: observó sentenciosamente doña Micaela.

—Es verdad: murmuró Meneses, conociendo que su pasion empezaba á ser egoista.

Al terminar este diálogo se encontraron en la puerta exterior de la fonda: un carruaje los esperaba; subieron á él, y Luis recomendó al cochero, poniéndole con disimulo un napoleon entre los dedos, la posible celeridad. El cochero era un hombre práctico, y sabia, por una larguísima esperiencia, todas las consideraciones que merece una generosa propina. Sacudió la fusta con brio, y tomaron sus dos caballos un trote largo, que dejó á Meneses satisfecho.

Durante el camino habló Luis lo menos posible; tan preocupado lo tenia la idea de ver en breve á Magdalena; y á las preguntas que le dirigian don Blas y doña Micaela, contestaba con monosílabos. La señora leia cuanto pasaba en el alma de Luis, y tocaba de vez en cuando á su esposo con la rodilla. Este respondia de la misma manera, ma-

nifestando su asentimiento; y esperaba con grande impaciencia la contestación á la carta que habia escrito la tarde antes.

Media hora tiene siempre treinta minutos, y treinta minutos pasan pronto, por mas largos que nos parezcan. A la media hora de trotar, los caballos no habian alojado su paso, gritó don Blas, parodiando el grito de los marineros «tierra, tierra» y el carruaje, separándose de la carretera, empezó á rodar sobre una calzada que sombreaban dos filas de copudos olmos.

¿Hemos llegado? preguntó Luis, porque esta pregunta fué el pensamiento de todo el camino.

—Si señor, repuso don Blas: y repare V. qué bien cultivadas estan las tierras de esta posesion: qué alamedas tan bien cuidadas; qué prados tan frondosos; qué frutales tan esquisitos; qué jardines tan aromáticos, y finalmente qué casita tan seductora.

Efectivamente, á pocos pasos del carruaje, que acababa de detenerse, se veia una casa de esa arquitectura risueña, que refresca como una fuente y como una palmera da sombra. No era de grandes dimensiones; pero se adivinaba á primera vista que debian encontrarse en ella las mayores comodidades, y que era imposible elegir otra mansion para el estío que la aventajara en encantos. Don Blas, doña Micaela y Luis la contemplaron algunos minutos, como si quisieran saborear anticipadamente todo el placer que debian apurar en ella y se adelantaron despues, los esposos con paso firme, pero Luis Meneses temblando.

Y era natural que temblara. Toda la campestre poesía que brotaba á su alrededor, como si el dedo de una maga la hiciera nacer de repente, se ponía en comunicacion con el entusiasmo de su alma estableciéndose una corriente eléctrica que se esplica mal y bien se siente, porque la sensacion supera á la palabra, como vemos antes que oímos.

Penetraron en un salon, Luis dando el brazo á doña Micaela y don Blas tres pasos delante, en el cual se hallaban reunidas una veintena de personas. Luis recorrió con una mirada los dos ó tres grupos que formaban, y bajó los ojos despues con inesplicable desaliento. Doña Micaela dejó el brazo de su futuro yerno, don Blas ocupó el puesto que acababa de dejar su esposa, y arrastró á Meneses, que permanecia con la mirada fija en el pavimento, hácia uno de los grupos. Luego que llegaron:

—Remijia, tengo el gusto de presentarte á mi amigo el señor don Luis de Meneses.

Meneses levantó los ojos y los fijó en la jóven un tanto corcovada y pálida—verdosa, que habia visto en el palco del proscenio, al mismo tiempo que don Blas añadia, dirigiéndose á Luis:

—Esta señorita es mi hija.

—Remijia, Remijia! murmuraba el desventurado Meneses en lo mas profundo de su pecho, reasumiendo en la fealdad del nombre lo antipático de la persona. ¿Será posible que yo haya corrido tras Magdalena para encontrarme con Remijia? ¡Yo estoy soñando! ¡Yo deliro!

Y hubiera seguido el infeliz lamentándose mas y mas, si una sacudida de don Blas, que tomaba aquel estupor por éstasis, no le hubiera advertido que se estaba poniendo en ridiculo.

Para salir de tan mal paso dirigió á Remijia cuatro cumplidos, no muy discretos en verdad, haciendo lo mismo con Sofia y sus padres, á quienes fué sucesivamente presentando, y que eran las personas que acompañaron á Remijia en el proscenio.

Luis se retiró discretamente, pasados los primeros cumplidos, al alfeizar de una ventana; y aunque todos le creian ocupado en admirar las preciosidades del jardín, se habia roto ya la cadena magnética que lo ligaba á aquellos sitios, y no pensaba mas que en Magdalena.

—Yo estoy loco, se repetía, y corro tras una fantasma, tras una sombra que huye de mí, sin que me sea dado alcanzarla. Francisco tiene mucha razon cuando me dice que Magdalena es mi ángel malo, y que me ha de ser muy fatal. Yo debo olvidarla; yo debo volverme á Madrid y no pensar en ella. ¿Pero qué culpa tiene Magdalena? Ella huye de mí sin saber que yo corro en su busca: ella ignora mi amor y mis penas: ella es buena y sabria consolarme. ¿Pero qué me hago yo en esta gira?...

—Caballero, murmuró una voz dulce y con acento parisiense á espaldas de Luis.

Luis volvió la cabeza y vió á Sofia que estaba sentada á su lado. —Perdone V. mi distraccion, hermosa señorita; repuso Meneses inclinandose.

—¿Parece V. muy aficionado á las flores? insistió Sofia dulcemente.

—Las de este jardín son bellísimas: observó Luis, sacando fuerzas de flaqueza.

—Venia á decir á V. que hemos dispuesto dar un paseo por los jardines.

—Tendré en ello el mayor placer, y agradezco á V. tanta bondad.

—Ya nos esperan.

Iba Luis á ofrecer su brazo á Sofia, cuando se acercaron Remijia y don Blas.

—¿Quiere V. dar el brazo á mi amiga? dijo Sofia á Luis, tomando el de don Blas.

Meneses presentó su brazo á Remijia, como el reo su cuello al verdugo, y bajaron á los jardines.

CAPITULO X.

Del mal el menos.

La desgracia iba persiguiendo al pobre Luis; es verdad que Luis no era malo, y como dice el Evangelio, el reino de los cielos no está en este mundo. No solamente se encontraba lejos de la encantadora Magdalena, sino, lo que era mucho peor, se encontraba cerca de la aterradoradora Remijia. Y quizás la pobre Remijia era una buenísima muchacha: quizás Magdalena era coqueta y casquivana: pero Magdalena tenia un bonito nombre y una cara hermosa; Remijia un rostro nada bello y un nombre nada armonioso; y una hermosa cara y un nombre bonito sirven siempre de eficazísima recomendacion. Aviso á las madres; si no pueden hacer que sus hijas sean hermosas, pónganlas muy bonitos nombres, seguras de que en la partida de bautismo estampan la primera cifra de una buena carta dotal.

Alegremente recorrian los huéspedes de la hermosa Sofia aquellos frondosos jardines, que encantadores y aun encantados parecian, como los de Armida, á las parejas bien avenidas; pero que se estendian monotonos ante las miradas de Meneses. Remijia era una señorita bien educada, pero que hablaba el castellano con un acento, mitad francés mitad vascongado, sumamente desagradable; defecto de pronunciacion que la hubiera perdonado Luis en otra situacion cualquiera; pero que en la escepcional en que se hallaba le parecia muy insoportable. Remijia pretendia tambien, como toda fea, aparecer amable, pero pecaba de importuna; y Luis no sabia de qué modo sostener una conversacion, á cada momento mas insulsa. De improviso le ocurrió una idea buena: sabido es que las buenas ideas acuden siempre de improviso; y en vez de morderse los labios, como lo estaba haciendo desde que en lugar de Magdalena encontró á Remijia, se pasó la mano por la frente, como si quisiera descorder el velo de su negra melancolia, y se dijo:

—Remijia ha llegado á Bayona en la misma diligencia que tomó en Madrid Magdalena; Remijia es vascongada, bien ha podido la familia de Magdalena dejar la diligencia en cualquiera parada del tránsito, y ocupar sus asientos la familia que me hace pasar tan mal rato. Averiguémoslo.

Otra vez brilló la esperanza en el horizonte de Luis, y otra vez se reanimaron sus facciones; de modo que cruzándose al mismo tiempo con Doña Micaela, creyó esta que su hija acababa de pronunciar un sí favorable á Meneses. ¡Cómo engaña el amor materno!

—Permítame V., señorita, que la dirija una pregunta: dijo Meneses á Remijia, con voz mas dulce.

—Responderé con mucho gusto: repuso Remijia, que deseaba ser alguna vez interrogada.

—¿Han venido VV. desde Madrid á Bayona, ó han tomado la diligencia en el camino?

—Hemos tomado la diligencia en Vitoria; en donde tiene V. su casa.

—Doy á V. las gracias, señorita. Y es necesario confesar que han tenido VV. gran fortuna.

—¿En qué ha consistido esa fortuna? preguntó Remijia, deseando prolongar la conversacion.

—En haber encontrado billetes en Vitoria, precisamente cuando yo no los encontraba en Madrid.

—Ha sido una casualidad. Tomó en Madrid una familia el coche y la berlina hasta Bayona, pero se detuvo en Vitoria, y nosotros ocupamos entonces una parte de sus asientos.

—Ya sé en donde está Magdalena: dijo para sí Luis Meneses, y añadió en voz alta:

—¿Esa familia de la corte seria conocida de VV.?

—No señor: repuso Remijia. No la conocíamos.

—¿Pero á causa de los asientos habrán VV. hecho relaciones?

—No señor. Teníamos encargados los billetes para la primera oportunidad.

Luis conoció que habia adquirido cuantas noticias podia proporcionarle Remijia, y mudó de conversacion. Meneses era sumamente agradecido, y como la hija de D. Blas acababa inocentemente de hacerle un favor no pequeño, estuvo con ella todo lo amable que puede estar un hombre con una muger que no le gusta; y llevó su condescendencia hasta formarla un lindísimo ramo de flores: galanteria que ya habian cumplido todos los demas caballeros. Remijia quedó muy satisfecha de estas galantes atenciones; las feas se contentan con poco; y cuando volvieron á la casita pasaban á los ojos de todos por los dos

mejores amigos; á los de D. Blas y Doña Micaela por los dos mas finos amantes.

Antes de sentarse á la mesa hubo un momento de desórden, producido por esa descomposicion de las parejas que se efectua siempre á la vuelta de las escursiones campestres; y Meneses aprovechó esta momentánea confusion para realizar un proyecto que habia concebido mucho antes. Se deslizó, sin ser notado, en busca del cochera que los habia traído á la quinta, y tuvo la fortuna de encontrarlo á las primeras diligencias, porque el hombre dormía á la sombra de un enorme álamo.

—¡Cochera! le gritó Meneses, sacudiéndolo al mismo tiempo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el cochera, levantándose al reconocer á su generoso parroquiano.

—¿Quiere V. ganar veinte francos? le dijo Luis, sacando del bolsillo un napoleon de oro.

—Ya lo creo: repuso el cochera, mirando con ojos codiciosos la moneda.

—Pues para ganarlos es necesario que ahora mismo vaya V. á Bayona.

—¿Con el coche? preguntó el cochera, deplorando el trabajo extraordinario que iban á sufrir sus caballos.

—Sin el coche.

—Eso es otra cosa. Estoy á las órdenes de V.

Luis arrancó una hoja de su cartera; escribió en ella unas cuantas líneas con lápiz, se la entregó al cochera y le dijo:

—Va V. inmediatamente á la fonda del Comercio; pregunta V. por el criado de D. Luis de Meneses, le entrega V. este papelito, y se vuelve V. al momento.

—Está muy bien: repuso el cochera, recibiendo el papel y los veinte francos.

Luis se volvió inmediatamente al salon, llegando tan oportunamente, que un momento mas de tardanza hubiera hecho notar su ausencia; pues las parejas volvian á formarse para pasar al comedor. Meneses presentó su brazo á Remigia, sin sentir la invencible repugnancia que habia experimentado dos horas antes; pues no teniendo á Magdalena, todas las mugeres le parecian punto mas ó menos iguales.

El almuerzo fué bueno: Luis comió con bastante apetito, y terció en las conversaciones con manifiesto buen humor. Don Blas y Doña Micaela no quitaban ojo de su hija y del futuro yerno; y algunas jóvenes francesas creian de mal gusto que el español y la española estuvieran juntos; sin duda por esa predileccion que las mugeres dispensan al último que llega.

Después del almuerzo se bailó un poquito: Luis hizo un esfuerzo heróico y valsó dos veces, la primera con Remigia y la segunda con Sofia. Sofia valsaba como nadie. Luis no fijó en ello la atencion: Luis era un pobre bailarín; sin embargo, todas las francesas lo tuvieron por una sílfide. Privilegio del estrangerismo. Se descansó después del baile; se paseó después del descanso; se comió después del paseo. Meneses estuvo en la comida mas taciturno que en el almuerzo; conforme iba entrando la noche crecia por segundos su inquietud.

A las diez concluyó la comida; inmediatamente se trató de volver á Bayona. Luis entró en el mismo carruaje que lo habia traído; en este carruaje venia una persona mas: esta persona era Remigia.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

II.

Multitud de caballeros y elegantes señoras parodiaban las parejas de los organillos franceses, ocupacion adecuada al talento de aquellos seres que emplean seis horas en perfumarse ó ataviarse para un baile. Inútil es decir la sensacion que experimentaria el jóven con aquella novedad en una casa donde habia dominado hasta entonces el desprecio de las acciones ridiculas, y la preferencia de los rasgos de talento sobre las curvas trazadas con los pies. Las jóvenes parejas por no manchar sus vestidos de fiesta con el polvo del advenedizo, se retiraban de él, que con espantados ojos y la boca abierta admiraba aquel cuadro, reverso de la medalla de lo que sin duda esperaba encontrar.

Don Alberto mientras tanto, pegado mas bien que unido al cuerpo de Matilde, giraba con ella como si huyera de los que pretendian robarle su pareja.

¡Terrible fué el golpe para el jóven! Cuando el vals hubo cesado, adelantóse hácia la feliz pareja, y sin saludar á Alberto, á quien su inopinada aparicion turbó visiblemente, se dirigió á Matilde y la rogó que le escuchara. Previo el permiso de su colega de volteos, colgóse temblando del brazo del empolvado galán, que la condujo á un gabinete apartado, sin que la respetable mamá, en otras cosas divertida, se curara mucho de este incidente.

—Muy extraño es, señora, la dijo sin mas preámbulos, verla á V. tan entretenida con nuestro comun y *leal amigo*; pues no creo que se pueda apreciar al hombre á quien la calumnia no le parece un arma infame y vedada.

Ella. Cierito, y debe á V. extrañarle; pero las circunstancias varían, y sabido es que no se suele apreciar á las personas hasta tanto que se las conoce... á fondo...

El. ¿Tanto ha variado *nuestro amigo* durante mi ausencia?

Ella. ¿Quiere V. que sea franca?

El. Si.

Ella. Pues bien, Juan, V. dispensará que le disguste; pero créame V... era muy niña cuando prometí ser suya; y... así que le ví lejos... para acallar el tormento que su ausencia me causaba... procuré distraerme... después, nadie es dueño de su corazón, y...

El. Gracias, señora. ¿Es decir que nada debo ya esperar de quien me amaba tanto? ¿Es decir que cualquiera tiene derecho á herir de muerte á un hombre, siempre que le diga después que se habia equivocado? Gracias otra vez ¡señora!... Sé lo que me resta que hacer.

Ella. Creo sin embargo que este incidente no alterará en nada nuestra amistad...

El. ¡Oh de ningún modo!... ¡de ningún modo!... ¡Adios Matilde!

Ella. ¿Se pone V. malo? Llamaré si V. cree...

El. No: estoy bueno, ¡muy bueno! ¡Adios!... ¡Qué!... ¿me deja V. marchar sin darme la mano como en otro tiempo?...

Ella. ¡Oh! eso nunca... (Le alarga la mano.)

El. Gracias. (Apretándose.)

Ella. ¡Ay! ¡suelto V!... ¡oh!... ¡uff!... ¡jiff!...

(El bárbaro la habia desoyuntado la muñeca.)

La mamá entró en el gabinete cuando el mancebo salia, y viendo á Matilde pálida y temblorosa, no pudo menos de asustarse.

La hija. Don Juan acaba de marcharse desesperado.

La madre. ¿Le has dicho que ya no le amas? ¿Le has despedido?

La hija. Si señora. Vamos al salon...

La madre. ¡Ah! ¡yo le vi salir... sus ojos chispeaban... ¡vá á matarse! ¡vá á matarse!

Y siguiendo á su hija al salon del baile, repitió allí sus gritos de «¡vá á matarse! ¡vá á matarse!»

—¿Qué es eso? ¿Quién? dijeron todos.

—Nadie, señores, mamá delira... contestó la niña. ¡Bastonero! añadió, dé V. la señal á la orquesta. ¡En baile, señores! ¡En baile!

Trin... trin... trin... tirin... trintrin...

Y siguió el baile, y dieron las tres. Todos se retiraron, incluso Alberto, que salió cojeando de resultados de un pisotón que su querida Matilde le acababa de dar. Es decir que salió lastimado por ella en el cuerpo y en el alma... La misteriosa conferencia le tuvo desasosgado hasta las tres y media.

Momentos después cenaba la familia. La bondadosa mamá que habia olvidado al despreciado mancebo distraida con el olor de unos pichones, exclamó de repente devorando un alón.

—¡Oh! ¡tal vez á estas horas no exista D. Juan!...

—¡Y yo tendré la culpa! dijo Matilde que tampoco ya se acordaba.

Y tal efecto la causó esta idea, que arrojando el tenedor exclamó con voz doliente:

—¡Se acabó!... no quiero mas.

En tanto D. Juan, que al salir de aquella casa iba ciego de furor, y decidido á darse la muerte, entró antes en un café, y merced á un sorbete de flor de naranja filosóficamente saboreado, renunció á la idea de suicidarse.

La verdad es que ni siquiera la habia concebido.

EPILOGO.

Habian pasado cuatro meses. Matilde se habia casado con Alberto, y D. Juan seguia visitando á sus amigos, con la mas estóica cordialidad. Una noche estaban reunidos los dos esposos, la mamá y la insignificante hermana en un cuartito amueblado con elegancia, donde presidia un velador á todos los demas muebles de adorno ó de utilidad que por la estancia estaban repartidos. De repente abrióse la puerta del gabinete y apareció en el umbral D. Juan sonriendo amabilísimamente como acostumbra desde la noche del baile; saludó á las señoras, y después de sentarse dijo:

—Aunque tengo bastante que hacer esta noche, quisiera entretener

á VV. con la lectura de unas memorias encontradas por mí en un estante viejo; si es que otras ocupaciones mas graves...

—De ninguna manera, le interrumpió Alberto; tú eres dueño de hacer en mi casa lo que gustes.

—Aunque á tí no me dirigía, le contestó D. Juan, acepto tu permiso, y deseo empezar cuanto antes.

Todos se agruparon alrededor del velador, y ya iba el joven á empezar su lectura, cuando Matilde añadió:

—Espere V., encenderemos otro quinqué. Me parece que este alumbraba poco.

—Gracias, señora, repuso D. Juan clavando en ella sus ojos, veo muy bien!... mejor que en otros tiempos... Y acomodándose para empezar su lectura, cuando Matilde caía de nuevo sobre su sillón doblándose bajo la pertinaz mirada del joven, leyó...

Lo cierto es que lo que leyó era ni mas ni menos que lo que llevamos aquí relatado.

A cada palabra de esta historia que todos los presentes conocían tan bien, Matilde se ponía pálida ó encarnada; su hermana miraba con estupefacción el semblante de D. Juan, anhelando descifrar el enigma, y la madre procuraba imitar á su hija. El marido, por último, para disimular su turbación y el miedo que le causaba la audacia de su antiguo rival, se entretenía en hacer cigarrillos de papel, mientras que Don Juan proseguía su lectura tan sereno y con el mismo ardor que si leyera uno de los insípidos cuentos de los Mil y un fantasmas. Al llegar á la descripción del baile, los semblantes de todos estaban rojos. Matilde parecía como que buscaba algo en el suelo: su madre se entretenía en mirarse las uñas, y la hermana los contemplaba á todos uno después de otro. Ya la tormenta estaba próxima á estallar, y efectivamente, apenas leyó el joven la salida de la casa de su antigua amante y el efecto mágico que el sorbete le produjo, Matilde se levantó por un movimiento nervioso, y sin decir una palabra salió del gabinete pegando un portazo que hizo retemblar al reducido gabinete.

Alberto impasible al parecer hasta entonces, tomando un tono trágico y con una fuerza galvánica se levantó y dirigió al D. Juan estas enérgicas y nobles palabras.

—¡Estarás algo cansado de leer tanto!... Si quieres, iremos al café.

Don Juan que creyendo iría á retarlo, se encontró con esta salida tan intempestiva como cobarde, se sonrió malignamente y dando el brazo á su amigo salieron á la calle. En el camino hablaron del tiempo y de la ópera, hasta que al café llegaron. Allí, como si nada hubiera pasado, tomaron cada uno su refresco, y no bien habían empezado cuando apareció el criado de Alberto y dirigiéndose á este, pálido y azorado:

—¡Señor! ¡señor! le dijo, sin poder apenas respirar, ¡venga V!... Venga V!...

—¡Cómo! ¿qué sucede? preguntó Alberto.

—¡Oh!... ¡no lo sé! ¡la señora está loca buscando á su hija!

—¡Cómo! exclamó D. Juan. ¿Habrá sido capaz de suicidarse?

—¡Corramos, amigo mío, corramos!... gritó Alberto.

—Sí, corramos, dijo D. Juan; ¡oh! me amaba efectivamente, pensó por lo bajo. Llegado que hubieron á la casa salió á recibirlos la mamá.

—¡Ah! ¡Alberto!... ¡Matilde!...

—Y bien... ¡Cielos! ¿Se ha suicidado?

—¡Probablemente!... No bien salieron VV. cuando oímos el ruido de la puerta que se cerraba. Fuimos á buscarla á su cuarto, y solo vimos esta carta que no me he atrevido á abrir! ¡Pobre hija de mis entrañas!!

—¡Oh! ¡Deme V!... ¡deme V!... ¿no ha mandado V. seguirla?

—¡Todo ha sido inútil!... ¡todo! La hemos perdido para siempre.

Alberto sofocado... jadeante... rompió el sello de la carta. Tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer, y por fin, reuniendo todo su valor, leyó lo siguiente:

MATILDE.

¡Pobre mundo si fuera cierto cuanto el tiempo dice!

L. M. DE LARRA.

ESPOSA SIN DESPOSAR.

BALADA.

A LA SEÑORA DOÑA PAULA ROSALES DE SALAMANCA.

Acaba de dar, acaba,
reloj de la catedral,
que quiero contar las horas
que ausente mi amor está.
CANCION POPULAR.

Carlos quinto, rey de España,
á campaña
en son de guerra salió;
y con él salió Gonzalo,
mi regalo,
el capitán que amo yo.

Es el doncel mas valiente
de la gente
que vá á la lid á vencer,
y en lo apuesto un pino de oro
el que adoro
con firmeza en el querer.

También antaño, á la guerra
de la tierra
descubierta por Colon,
con Cortés, el Estremeño,
fué mi dueño,
dueño de mi corazón.

A través de tierra y mares
sus pesares
mi voz consoló y su afán;
y me oyó, y el indio bravo
fué ya esclavo
de mi bravo capitán.

Y le salvó de la tumba
en Otumba
mi ruego continuo á Dios;
porque yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardó el alma de los dos.

Con preceas y con galas
volvió en alas
á Toledo, de su afán.
Que era reina de las bellas
yo con ellas
decía mi capitán.

Pronto la ventura acaba,
que tornaba
á resonar el clarín.
Cabe las aras de Himene
el rey viene
pidiendo su paladín.

Al partirse de Toledo
en mi dedo
puso el anillo nupcial,
y me regaló un secreto
amuleto
en virtudes sin igual.

Y me dió de amor en arras
doce barras
de oro fino del Perú;
y diamantes muy bruñidos,
y vestidos,
y vestidos de tisú.

Al subir á su alazano
de la mano
me trabó en Zocodover;
y con llanto que vertía
me decía:
—«¿Nos volveremos á ver?»

—«Sí, capitán. En el alma
»yo la calma
»siento del que espera en Dios.
»Volverás. Soy tu ángel bueno,
»y en mi seno
»guardo el alma de los dos.

»Nube de gualda y zafiros
»á los tirós
»de escudo te servirá.
»Será el alma enamorada
»de tu amada,
»que contigo vivirá.

»Cada día en mi delirio
»iré un cirio
»ante el Eterno á encender.
»Iré á San Juan de los Reyes,
»de sus leyes
»la mas horrible á torcer.

»A la Virgen, mi patrona,
»gran corona
»de oro ofrezco y de rubí.
»si mi amante no me olvida
»y su vida
»guarda entera para mí.»

Parte el bruto en raudó giro:
aun le miro,
aun le miro descender,
como fuente de los valles,
por las calles
que dan al Zocodover.

—Pero alégrate, alma mía,
que hoy el día
es tan anhelado y tan...
vuelve de laurel ceñido
mi querido,
mi querido capitán.

Mejor que el rey yo le pago
el estrago
de su tajante en la lid.
Por cada triunfo le estrecho
á mi pecho...
¿cuál premio es mayor? decid.

Doncellitas toledanas,
que ventanas
y balcones inundais,
y á los bravos vencedores
lindas flores
lindas flores arrojais;

como ya las mas hermosas
de mis rosas
las vuestras para él guardad;
tórnanse en su mano divas
siempre vivas
las flores de la beldad.

Ved que ya á pasar acierta
por la puerta
por la puerta del Cambrón,
el tercio real donde viene
el que tiene
cautivo mi corazón.

Por las chispas de su callo
su caballo
reconoceré entre cien.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que aun mis ojos no le ven.

Brillan que parecen soles
españoles
los bravos en confusion;
pero el tercio de Gonzalo,
mi regalo,
mas brilla... en mi corazón.

La fatiga se declara
en su cara
que llena de polvo traen.
Gonzalo así está mas bello,
cuando al cuello
mis tiernos brazos le caen.

Ved al capitán Paredes:
tú no puedes
competir á mi galán.
Ved al alférez Fajardo:
¡qué gallardo!
pues mas es mi capitán.

Os asombra que las balas
como á Palas
le respetan, como á un Dios?
Es que yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
Algunas habrá ganado
mi adorado,
mi adorado capitán.

Ya relumbran los almetes,
y mosquetes...
¡favor! me faltan los pies.
¡Oh! dadme la enhorabuena,
que mi pena
acaba: su tercio es.

Allí el cabo, y el alférez
Pero Perez,
sus compañeros allí.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que estoy ya fuera de mí:

¿Dónde mi Gonzalo, dónde,
se me esconde,
que no le veo en mi afán?
¡Ay! ¡su caballo enlutado!
¡ay mi amado!
¡ay mi amado capitán!

Al suspiro lastimoso
el glorioso
Carlos quinto, contempló
una flor sin tallo en tierra...
de la guerra
el capitán no volvió.

Badajoz 12 de setiembre.

VICENTE BARRANTES.

GROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.